

Interludio 5: El Alba Se Rompe - La Balada de un Dragón Semibenévolo

- Interludio 5: El Alba Se Rompe - La Balada de un Dragón Semibenévolo

Interludio 5: El Alba Se Rompe - La Balada de un Dragón Semibenévolo

"¿Dónde está el rey?", gritó Alessandro. "¿Dónde está el rey?". A pesar de que las tropas patrullaban por todas partes, de que los soldados, magos, sacerdotes, paladines y otros combatientes se movían con desesperada energía para defender las murallas de la ciudad, ninguno pudo informarle del destino del rey. "¡Tú, allí!". Se abrió paso entre un grupo de milicia aterrado y tomó por el brazo a un caballero real. "¿Dónde está el rey?". "¡El rey está muerto!", gritó el caballero, intentando y fallando en liberarse de su agarre. "Le dijimos que debía retirarse. Le advertimos que era imprescindible abandonar la ciudad, pero se negó a evacuar las aldeas en el camino. Nos superaron. No pudimos hacer nada". Alessandro empujó al caballero contra la pared. "¿Nada pudiste hacer? ¿Cómo es que tú aún vives mientras el rey yacía muerto?". Miró a su alrededor. "¿Dónde están tus hermanos caballeros? ¿Por qué tú eres el único que queda? ¡Cobarde!". Escupió. "Abandonaste al rey, ¿verdad?". "¡No entiendes!", lloró el caballero. "¡No estuviste allí! ¡Tuve que correr! No valía la pena. El rey... el rey sabía con qué nos enfrentábamos. Debí haber huido, como le sugerimos". Intentó soltarse, y Alessandro gruñó y apretó un puñal contra su garganta. "Tú...". El caballero lo miró a los ojos. "Debes verlo tú mismo. Sube a las murallas, paladín. Ve, entenderás por qué huí cuando los veas a ellos". "¡Lleva a este cobarde afuera!", susurró Alessandro, casi arrojando al caballero a un par de guardias cercanos. Su mirada se volvió más dura, y se volvió hacia la maga que había observado toda la escena en silencio. "Sofia, envía un mensaje al palacio. El rey ha sido perdido". La maga frunció el ceño. "¿Qué hay de la reina y los hijos reales?". "Primero veamos a qué nos enfrentamos antes de decidir. Si el enemigo puede ser enfrentado, será mejor que permanezcan en el palacio. Pero si la situación es tal como lo dijo ese cobarde, quizás debemos evacuarlos a un lugar más seguro". Alessandro negó con la cabeza. "Por nuestros antepasados, que no sea así". Sin perder tiempo, subió a las murallas. Durante dos mil años, Murata había resistido firme contra el enemigo. Las enormes tribus orcas del sur se estrellaron contra sus muros, al igual que las hordas voraces de las ratas humanas y sus aliados lagarto. Incluso las grandes fuerzas del Imperio del Verano Eterno no lograron tomar la ciudad, y su emperador murió llorando, con una docena de sus hijos muertos en intentos fallidos de romper las defensas. Murata enfrentaría este nuevo enemigo y permanecía firme, como siempre había hecho. Luego, Alessandro, líder de los legendarios paladines de la ciudad, dirigiría su atención a los caballeros reales. Sus banderas debían haber perdido brillo, pues su deber, por encima de todo, era la seguridad del rey y su familia. Si el rey se negaba a aceptar la razón, debían capturarlo y huir, sin importar sus protestas. Si esas acciones le costaban la vida, la culpa sería del rey. Sus juramentos eran claros: muerte antes que dishonra, y la protección de la familia real por encima de todo. Mejor un rey enojado que uno muerto. Al llegar a la cima de las murallas, algo le

pareció extraño. Los hombres y mujeres presentes debían estar exaltados, llenos de la energía nerviosa que solo una batalla inminente podía suscitar. Debió haber tenido que alzar la voz para calmarles antes de dar sus órdenes. Pero solo reina un silencio aterrador, profundamente inquietante. Al mirar hacia el oeste, no podía culparles. Al principio pensó que era un truco visual, alguna sombra extraña proyectada por una nube baja. Pero no, no era una nube, porque ninguna nube se mueve con tanta rapidez ni con semejante malevolencia. No. Era una marea de peste de carne podrida y cuerpos mutilados, una horda interminable de muertos vivientes que parecía extenderse hasta el horizonte. "¡Ancestros...", susurró Sofia, la maga usualmente serena, cuya voz ahora temblaba de miedo, que de no ser por su conocida compostura, se habría convertido en terror. "Esto... deben ser millones". Alessandro tragó con dificultad. ¿Millones? Podrían ser decenas de millones, porque parecía no tener fin esa marea de zombis que, cada vez más cerca, aplastaban el suelo con sus pasos y levantaban nubes de polvo. La tierra temblaba bajo su avance, y su horror crecía al levantar un catalejo y ver la verdadera magnitud de su enemigo. Orcos, goblins, bestias-humanas, elfos, enanos, humanos... y en cantidades que le hacían preguntarse si todos sus vecinos habían sido asesinados y convertidos en esas abominaciones. No creía en los rumores —nadie lo hacía—, pero ahora no había duda. Un nigromante había surgido, muy por encima de los simples despertadores de muertos que había visto en años. Pero aún peor que los zombis arrastrándose desde las tierras vecinas, eran los zombis colosales que dominaban el cielo o los monstruos apocalípticos que volaban sobre ellos. Hidras zombis rumbeaban junto a otros zombis menores, y monstruos zombis de todas clases, desde lobos gigantes hasta basiliscos y gorgonas. Algunos zombis dragón dominaban el firmamento, mientras nubes de dracos zombis, wyverns zombis y aves zombis llenaban el aire. Pero ni siquiera los zombis colosales podían igualar a las abominaciones indescriptibles, creadas solo por mentes demente. Eran... conglomerados de carne muerta, monstruosidades horrendas que unían partes de diferentes criaturas en un solo cuerpo abominable. El mayor de todos era un dragón zombi con cabezas de hydra saliendo de sus hombros, colas de numerosas mantícoras y cabezas de decenas de gorgonas adheridas a su cuerpo. "¡Ancestros...", forzó Alessandro a aparentar coraje. Si los demás le veían en pánico, estarían perdidos. "Sofia", dijo en voz baja. "Envía un mensaje al palacio. Dile a la reina que ella y los niños deben huir. Que salgan ahora, antes de que la horda los alcance, y no deben decirle a nadie más, para que no colapse la moral". Hizo una pausa. "No en un solo grupo. Ella debe llevar a los dos más pequeños y huir hacia el este. Su hermano es rey allí. Él puede protegerlos y a los más jóvenes". "¿Y los otros tres niños?", preguntó Sofia. "Noreste, sureste y norte. No podemos permitir que la familia real quede en un solo lugar, no con esa... esa horda en camino". Bajo su voz, añadió: "Si esta ciudad cae, el este no estará lejos. Esos tres ya son lo suficientemente mayores para saber qué hacer si sucede eso. Nuestros vecinos en esas direcciones son amistosos. Los acogerán, al menos porque apoyarnos en nuestra hora de necesidad les permitirá obtener concesiones más adelante". Siempre que sobrevivan, pensó, pero no dijo esa duda para no alarmar a otros. "Muy bien". Sofia activó su magia de comunicación para enviar la noticia al palacio. "¿Qué hacemos ahora?". "Luchamos", respondió Alessandro con firmeza. "Y si tenemos suerte, sobreviviremos". Carraspeó y alzó la voz. "¡Hermanos y hermanas, ánimo! Durante dos mil años, las paredes de Murata han resistido invictas. ¿De verdad creen que unos zombis recién salidos de la tumba podrán cruzarlas?". Hubo algunas risas nerviosas ante sus palabras, y blandió su espada con cierto ostentoso orgullo. Era un relicario de tiempos pasados, forjada por enanos que alguna vez surcaron los cielos. Dejó que su magia fluyera por ella, y la hoja sagrada se iluminó; las inscripciones enano grabadas a lo largo de su filo brillaron con una tenue luz azul. Fue encontrada por el primer paladín de la ciudad y transmitida de líder en líder durante dos milenios. "Que vengan estos monstruos.

Morirán como todos los demás".

Alessandro tropezó. Sus oídos zumbaban y la sangre le recorría el rostro. Normalmente, habría sanado la herida, pero ya no poseía la magia para hacerlo. —¡Sofía! —gritó—. ¡Sofía, ¿dónde estás? Los hombres con armadura corrían pasándole junto, algunos le gritaban mientras otros lo observaban y luego huían. Él no les prestó atención. —¡Sofía, ¿dónde estás?— La mujer estuvo a su lado en un instante. Apenas podía sostenerse, y se apoyó cansadamente en él. Sus finas ropas estaban cubiertas de hollín, sangre y los restos destrozados de los no-muertos. —Alessandro, tu cabeza... —No importa —gruñó él—. La ciudad está perdida. Vete al templo. Hay un pasadizo detrás del altar mayor. Te llevará fuera de la ciudad y hacia las colinas que tenemos detrás. Con suerte, los no-muertos estarán demasiado ocupados matándonos a nosotros para perseguirte. Le presionó una poción en la mano. Era la última que tenía. —Tómala. Curará lo suficiente de tus heridas para que puedas moverte libremente. Sus ojos se abrieron de par en par y tiró de su brazo. —Ven conmigo. Él negó con la cabeza. —No. Alguien tiene que seguir liderando, y no puedo abandonar a nuestro pueblo. Repentinamente contuvo un estremecimiento al sentir el dolor de decenas de heridas atravesando su agotamiento. —Las murallas están perdidas y los muros rotos, pero todavía podemos plantarnos en las calles. Si logramos resistir, tal vez... —¿Tal vez qué? —preguntó ella con dureza—. ¿Qué ayuda podemos esperar? Ninguna. Esa fue la cruel respuesta. Y la batalla había empezado tan bien. La horda había hecho añicos las murallas como una ola rompiendo contra la orilla. Sus hechizos, armas de asedio y arqueros habían matado a miles de zombis. Pero había más zombis para reemplazar a los que caían —y más para reemplazar a esos... y más para reemplazar a estos. Se habían quedado sin flechas, y sus magos habían agotado su magia. Y los montones de muertos vivientes se habían acumulado tan alto que sus propios compañeros podían treparlos para llegar a lo alto del muro y atacar a los defensores. Peor aún, los no-muertos monstruosos desataban su furia. Ventiscas de ácido de hidras zombis derretían pedazos del muro, mientras basiliscos zombis arrojaban sus cuerpos enormes contra las puertas, sin importar las heridas que se llevaban, y con su mirada petrificante convertían en piedra a los defensores al atravesar una puerta tras otra. Los no-muertos voladores los atormentaban desde el cielo, lanzándose en picada para aprehender a los defensores o simplemente aterrizando dentro de la ciudad y sembrando el caos. Los dragones no-muertos y la... abominación retorcida que parecía comandarlos, desataban olas de fuego que dejaban vecindarios enteros en llamas y abrían grandes brechas en las murallas. Incluso ahora, mucho después de que la noche cayera, el campo de batalla seguía iluminado por estallidos periódicos de fuego de dragón, cada explosión significando la muerte de decenas, tal vez cientos, de personas. ¿Quién podía ayudarlos ahora y qué esperanza tenían los vecinos de sobrevivir? La ciudad estaba perdida, y él era lo suficientemente astuto para saber que no había manera de salvarla ni a sus habitantes. Por eso le pedía a Sofía que huyera. Sin embargo, era un paladín, y los paladines no huían ante el enemigo. —Sofía —dijo—. Ve. Corre hacia el norte y busca un barco que cruce el mar. Temo que este continente entero esté perdido para nosotros, pero aún puedes advertir al reino al otro lado del océano. Quizá todavía haya esperanza. Las palabras le sabían a cenizas en la boca, porque ningún reino que pudiera imaginar podía resistir las fuerzas que habían destruido Murata en menos de un día. Pero ella necesitaba esperanza. Debía creer que aún había una forma de sobrevivir. —Yo... —Ella se quedó un momento y estuvo a punto de hablar cuando de repente, sus ojos miraron más allá de él, más allá incluso de los horrores que sucedían alrededor, hacia el cielo del este. —¿Es... es ese el amanecer? —Siguió su mirada. El horizonte oriental comenzaba a clarear, pero... ¿era demasiado temprano para el amanecer, no? O quizás sus heridas le habían robado la capacidad de juzgar el paso del tiempo.

Pero, a medida que la luz se hacía más cercana y brillante, se dio cuenta de que no era el amanecer lo que se acercaba... era un dragón. —El Portador del Alba —murmuró. Se decía que el primer paladín de la ciudad había aprendido las artes sagradas de un dragón al demostrarle su valía. A esa dragón la llamaron El Portador del Alba, porque donde ella iba, el amanecer seguía. Alessandro nunca estuvo seguro si esas historias eran simples leyendas narradas para explicar los poderosos magos que él y sus compañeros paladines manejaban, pero aunque había visto docenas de dragones a lo largo de los años, nunca había visto uno que coincidiera con las descripciones que le habían transmitido sobre el primer paladín. Hasta ahora. —De escamas luminosas —dijo, pronunciando las palabras conocidas que caían de sus labios y se difundían por la multitud atemorizada como lluvia de primavera sobre tierra árida —. Y alas del amanecer. Su aliento solo hería a los malvados, y sus ojos brillaban como la luna. Y entonces ella apareció, un dragón más grande que cualquier otro que hubiera visto, pero también más veloz, tan gracil en el aire que parecía estar danzando. Y donde ella se dirigía, los no-muertos caían. En oleadas, en centenas, en millares, en millones, caían. La luz brotaba de sus escamas, tan brillante que casi lo cegaba, pero sus ojos permanecían intactos. Una llama blanca salía de su boca, y aunque los no-muertos alrededor ardían en cenizas, ninguna persona viva resultó dañada. Al contrario, sus heridas sanaban y sus espíritus se restablecían. Cada aleteo de sus alas enviaba una ola de luz y resplandor hacia afuera, y los no-muertos caían donde estaban, desmoronándose, sus almas atormentadas y encaminadas al más allá. Solo los más poderosos de los zombis permanecían, los dragones no-muertos y la abominación retorcida, y se lanzaron a su encuentro. El Portador del Alba reía, un sonido lleno de desprecio, desafiándolos a que se atrevieran a desafiarla en el aire. Ella se inclinó para enfrentarlos, y los dragones zombis quedaron muertos en cuestión de momentos, sus bordes afilados brillando como hoces al amanecer al cortarlos. El último en caer fue la amalgama, con cabezas de hidra bramando, cabezas de gorgona sollozando y su propia cabeza de dragón llorando mientras terminaba en el olvido, acribillada desde el cielo por un rayo de radiante energía que habría envidiado al sol. Y entonces, El Portador del Alba flotaba sobre la ciudad, sus alas ya no batían, sostenida únicamente por la pura fuerza de su poder. Su mirada plateada las observaba, y Alessandro estuvo a punto de llorar al ver la compasión en ella. Era tan poderosa, y aún así, lloraba por las pérdidas que habían sufrido. Ya no quedaba ningún no-muerto. La tierra había sido purificada, destruida completamente por su enorme poder. —¡Portadora del Alba! —gritó, arrodillándose, igual que los demás a su alrededor, como un mar de reverencias que terminó con toda la ciudad arrodillada. —¡Te agradecemos por tu ayuda! —¿Portadora del Alba?, susurró ella, aunque su voz resonó claramente para todos—. ¿Es ese mi nombre? Él levantó la mirada. —Es el nombre que te dieron en los escritos del paladín que fundó mi orden. Él te llamó Portadora del Alba. —Portadora del Alba es un título, uno de los varios que poseo —dijo la dragona, mirando hacia el oeste—. Mi nombre es Escaladela. Tengo asuntos pendientes en el oeste. Ella lanzó magia sobre la ciudad, y una barrera luminosa apareció a su alrededor. —Aquí estarán seguros. Cuida de tu ciudad y de su gente. Regresaré cuando la amenaza haya sido neutralizada. Y entonces, ella desapareció, surcando el oeste a una velocidad que incluso una estrella fugaz envidiaría.

Dawnscale contuvo el impulso de fruncir el ceño mientras volaba hacia el oeste. No había llegado a tiempo para interceptar al ejército de zombis antes de que alcanzara la ciudad. Afortunadamente, había llegado antes de que fuera completamente destruida, pero la pérdida de tantas vidas allí todavía le inquietaba profundamente. Peor aún, sabía que la horda que había atacado la ciudad solo contenía a los enemigos más débiles de la locura del vampiro. Un dragón zombi podría parecer imponente para un humano, pero uno hecho de un dragón que ni siquiera había llegado a su Tercero Despertar no representaba peligro alguno para ella. Sin embargo, circulaban rumores de

que el insano vampiro había logrado acabar con varios dragones que habían atravesado su Tercer Despertar, e incluso con algunos que habían llegado a su Cuarto Despertar. Por lo menos, ninguno de sus compañeros dragones primordiales había perecido, o al menos eso creía Doomwing. El otro dragón seguía preparando sus propias medidas defensivas y tratando de contactar con sus aliados, pero le habría informado si sospechaba siquiera que un dragón primordial había sido convertido en zombi. Esa era una amenaza que ni siquiera ella podía tomar a la ligera. Lo que la empujaba hacia el oeste era un pozo colosal de energía necromántica. La podía percibir a miles de millas de distancia, y sabía que, fuera para qué se estuviera usando, esa energía debía ser detenida. ¡Qué inverosímil habría sido que un vampiro ancestral lograra hacer algo así! Debería haber sido imposible. Ni siquiera el Progenitor, el más antiguo y poderoso de los vampiros, poseía semejante poder. Debe haber una explicación. Con suerte, Doomwing sería capaz de desentrañar el misterio, pues eso facilitaría mucho la tarea de acabar con el insano vampiro. Ella volaba lo más rápido que sus alas le permitían hacia el oeste. Medio continente quedó atrás, desprovisto de toda vida. Ni siquiera las bestias de los campos y bosques habían sido spared. Todas habían sido aniquiladas, usadas para alimentar la hechicería oscura o transformadas en zombis. Finalmente, se acercó al pozo de energía necromántica, y empezó a reducir la velocidad, la cautela prevaleciendo a medida que comprendía la magnitud del peligro ante ella. La cantidad de energía necromántica en esa área superaba en varias órdenes de magnitud a lo que había sentido proveniente de toda la horda de no-muertos que destruí anteriormente. Magia y luz listas, se acercó más... y una mezcla de horror y rabia pura e intensa la invadió. "Esto..." gruñó. "Esto es... ¡no hay palabras!" El pozo de energía necromántica era un lago de fetidez negra putrefacta, que recordaba una mezcla de sangre y brea. Se extendía por cientos de millas, con innumerables cuerpos flotando en sus aguas. Los más grandes eran los cuerpos de varios dragones ancestrales. Las almas de millones llenaban el aire alrededor del lodazal, atadas allí por una hechicería profana. Sobre el centro del lago flotaba el insano vampiro. No. Sus ojos se estrecharon. Él no era el insano vampiro. Era una especie de doble de sangre, pero mucho más avanzado que cualquier otro que hubiera visto. "Pensé que aparecerías en cualquier momento," dijo el doppelgänger, sonriendo. "Manejas a mi ejército con bastante facilidad, aunque no esperaba que logaran mucho contra ti. Pero esto..." Indicó vagamente el lago de caos macabro. "Esto puede ser un poco diferente." "Cállate," exigió Dawnscale. "Morirás aquí." Y lanzó un ataque combinado de su fuego purificador y runas ancestrales. Debería haber sido suficiente. Pero la cantidad abrumadora de energía necromántica en ese lugar, alimentada por la magia de todo un continente y las almas de millones de inocentes masacrados, resistió firmemente el asalto. Para su incredulidad, el lago de horror empezó a elevarse, envolviendo al doble y adoptando la forma retorcida de un dragón titánico de sangre y carne putrefacta. Los cuerpos que flotaban en el lago emergieron a la superficie de la abominación, con sus bocas muertas abiertas en himnos de burla y alabanza al insano vampiro y sus maquinaciones. La energía comenzó a acumularse, una marea imparable de muerte pura, y entonces ella fue arrojada hacia atrás, girando y cayendo a través de una montaña y un lago antes de instintivamente alzar el vuelo, tratando de entender qué le había ocurrido. Esa... cosa la había lanzado hasta allá, cientos de millas con un solo golpe. Sacudió la cabeza para aclarar la mente y se volvió para ver cómo la abominación se acercaba a alta velocidad. Nada en su vuelo era elegante. En realidad, su vuelo era tortuoso, acompañado por los lamentos de las almas condenadas que lo alimentaban. Reagrupó su poder y se lanzó al ataque con renovado ímpetu. Perdió la cuenta del tiempo después de eso. La batalla fue más feroz que cualquier otra que hubiera enfrentado desde la Última Catástrofe. Su poder debería haber sido una contraparte perfecta para esa criatura, pero la enorme cantidad de energía que poseía significaba que podía regenerarse aún más rápido de lo que ella podía dañarla. Estaba combatiendo prácticamente un

continente entero, pues el insano vampiro había encontrado la manera de ligar esa abominación a las corrientes mágicas que atravesaban la tierra, sin mencionar las millones de almas invertidas en su creación. Continuaron enfrentándose, cruzando la tierra de un lado a otro. Rayos de luz abrasadora y llamaradas blancas respondían a los relámpagos de muerte pura y a las hordas de zombis menores que surgían del cuerpo de la criatura repulsiva. Se enfrentaban en el aire — un error de su parte — y ella apenas lograba mantener la criatura a raya, mientras garras hechas de miles de cadáveres intentaban desgarrarle las extremidades, y otros cuerpos más se apilaban sobre ella, repletos de magia maldita. Explotaron, y esa magia oscura le abrasó las escamas y le quemó el alma. Durante todo ese tiempo, los cuerpos en la criatura berreaban en su odio, maldecían su incapacidad para salvarlos y suplicaban misericordia. Pero ella avanzaba. De alguna manera, lentamente pero con firmeza, iba ganando. Una marea de muerte se extendió hacia afuera, y ella esquivó justo antes de que su radiancia pura cortara una de las extremidades de la bestia. La parte cortada cayó al suelo, infectando inmediatamente el terreno que tocaba, y zombis portadores de peste emergieron de la extremidad destruida, elevándose para seguirla, mientras otros corrían por toda la tierra en busca de los vivos. Otro intercambio rompió una ala, lanzándola a tierra. Ella permaneció en el aire, golpeándola con magia una y otra vez. La conexión de la criatura con las corrientes mágicas empezaba a desgarrarse; ella se esforzaba aún más, reconcentrando su luz para reducir esa criatura maldita a nada. Sus reservas empezaban a agotarse, y la criatura seguía intentando levantarse, volar y acabar con ella. Ella siseó. No podía sostener esto mucho más. Por más que sus reservas mágicas fueran titánicas, no eran infinitas, y ambas luchaban desde hacía horas. ¿Por qué no podía simplemente morir? Ya había probado varias runas ancestrales de muerte verdadera, pero la criatura las había rechazado de alguna forma. La única forma de acabar con ella parecía ser destruir su cuerpo y seguir haciendo desaparecer cada fragmento, cortando su conexión con las corrientes mágicas en su totalidad. La criatura había abandonado su forma dracónica y ahora se mostraba como una masa retorcida de carne muerta, retorciéndose febrilmente en el cielo para alcanzarla. Mientras más alto llegaba esa espira retorcida, luchando contra su implacable lluvia de ataques, ella vio cómo surgían de la amalgama corrompida las fauces mutiladas de un dragón... ¡BOOM! Una runa de fuego ancestral combinada con otra de amplificación y varias más transformaron la zona bajo ella en una nube de calor tan intensa que incluso ella tuvo que retroceder para sentirse segura. Suspiró aliviada y usó sus últimas fuerzas para formar runas antiguas de purificación, extirpación y luz. Más runas antiguas se formaron a su alrededor, amplificando sus efectos, reforzando su capacidad para penetrar las defensas enemigas, y transformándolas de ataques momentáneos en cambios duraderos en la realidad. Solo una persona en el mundo conocía sus secretos lo bastante bien como para combinar sus runas antiguas con las suyas, y ella se permitió una sonrisa fugaz antes de lanzar el ataque conjunto contra el horror que, de alguna forma, había logrado sobrevivir incluso a la andanada de fuego previa. "¡Muere ya!", gritó con furia. "¡Muere de una vez!" Esta vez, su enemigo tuvo la decencia de obedecer, y ella finalmente se volvió para saludar a Doomwing. El otro dragón notó su agotamiento, y ella sintió cómo una mezcla de magia curativa y restauradora la envolvía. Curar sus heridas era una cosa, pero recuperar sus reservas mágicas era más complicado. Aunque, eso sí, Doomwing podía hacerlo. "Gracias," dijo ella. El otro dragón observó la enorme cavidad en el suelo con mirada analítica. "Eso... fue mucho más resistente de lo que esperaba." "Yo también lo pensaba," murmuró Dawnscale, antes de explicar brevemente lo ocurrido antes de su llegada. "Hmm..." Doomwing se acercó, y ella sintió cómo su mirada la recorría, revisando si aún tenía heridas sin sanar, o daños menos evidentes. "Este vampiro... me duele admitirlo, pero es un genio de verdad. Crear algo así..." Hizo una pausa. "No hay otra forma de describirlo." "¿Lograste aprender algo con solo observarlo?" preguntó Dawnscale, sabiendo que, por breve que hubiera

sido su contacto, la potente magia de adivinación y análisis de Doomwing podía ofrecerle una perspectiva valiosa. "Sí. Creo entender cómo logró enlazarlo a las corrientes de magia que atraviesan este continente—lo cual probablemente tendremos que corregir una vez que lo eliminemos." "¿Por qué resistió tantas runas antiguas?" indagó Dawnscale. "Sus dobles de sangre son especiales. Pueden usar runas antiguas. Además, tiene... un montón de ellas. Calculo que serían miles, con capacidad para producir más. Si estuviera dispuesto a sacrificar suficientes de esos dobles, podría superponer sus mayores creaciones con tantas runas antiguas y poder suficiente para resistir ataques incluso de ti o de mí." Doomwing emitió un gruñido de ira. "Pero tuvimos suerte. Creo que esto fue una trampa." "¿Una trampa?" Los ojos de Dawnscale se abrieron en sorpresa. "¿Para mí?" "Sí. Eres un dragón celestial y, por tanto, un contrapeso natural contra lo no muerto. Tenías toda la razón para confiar en que podrías vencer a cualquier enemigo que enfrentases aquí. Si él sabía que venías, pudo haber preparado runas antiguas específicas para contrarrestar tus habilidades. Al sorprenderte, probablemente buscaba matarte antes de que llegara la ayuda." "Pero la ayuda sí llegó," dijo ella, sonriendo. Doomwing podía ser torpe a veces, pero era completamente confiable cuando más se necesitaba. "Tienes la situación bajo control," replicó. "Habrías ganado, aunque hubiera llevado más tiempo, y casi habrías agotado toda tu magia. Subestimaste a tu enemigo. Dudo que cometa ese error otra vez." "Hmm..." Dawnscale asintió. "Sí. Tendremos que prepararnos mejor. ¿Quién más hay cerca?" "Ashheart debería llegar pronto, junto con Stormbringer. Sin embargo, los otros están lidiando con no-muertos en sus respectivas áreas. Este vampiro parece ser bastante hábil en realizar varias tareas a la vez. Cuando hayan rechazado la amenaza en sus regiones, podremos intentar localizarlo realmente. Hasta ahora, ha logrado evadir mi magia, pero he identificado varios puntos clave que debemos atacar cuanto antes." "Bien. Cuanto antes resolvamos esto..." Dawnscale se detuvo en seco. No lo había notado durante la pelea, porque estaba tan concentrada en mantenerse viva y destruir esa cosa, pero la magia que había puesto sobre la ciudad ya no estaba activa. ¿Había sido cancelada por sus reservas menguantes, o...?" Sus ojos se abrieron de par en par. "Doomwing, usa magia de memoria sobre mí. Necesito recordar la batalla con todo detalle." Podía usar magia de memoria, pero Doomwing siempre había sido mejor en eso que ella. "¿Qué?" "Por favor," insistió ella. "Usa magia de memoria conmigo. Necesito recordar la pelea." "Como quieras." Unos instantes después, ella volaba a toda prisa hacia la ciudad. "No," murmuro para sí. "No, no, no, no..." Apenas era consciente de que Doomwing se esforzaba por mantenerse a su lado — por rápido que fuera, ella iba aún más rápida — y entonces se detuvo en seco. Había llegado a la ciudad. O a donde antes había sido. Durante la batalla, había esquivado una de las explosiones de energía necromántica del monstruo. Contenía suficiente poder para herir gravemente, si no matarla directamente, y bloquear el ataque habría consumido energía que no podía permitirse gastar, así que esquivó. Esquivó— y la explosión golpeó la ciudad en su lugar. La barrera que había creado en torno a la ciudad había sido diseñada para repeler el tipo de no-muertos que enfrentó antes, no un ataque de plena fuerza de una criatura capaz de matarla si no tenía cuidado. La ciudad había desaparecido. En su lugar, yacía un lago de energía necromántica que se agotaba lentamente... y las formas vacilantes de miles y miles de no-muertos recién creados. Sin palabras, lanzó su magia. Un rayo de luz descendió del cielo.